

EL EUGENIO VEGAS QUE CONOCI

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

Cuando me encontré a Eugenio Vegas estaba ya de vuelta de muchas cosas. Hacía años que había regresado del exilio. Las intentadas oposiciones a notarías en Santander habían sido ya olvidadas. Su plaza de letrado del Consejo de Estado le había sido devuelta sin que Franco se mostrara vengativo pese a que Eugenio se negó en rotundo a solicitar una audiencia previa, como le aconsejaban, pues se entendería como una especie de petición de perdón a lo que no estaba dispuesto. Era también abogado del Banco Central y miembro del Consejo político del Conde de Barcelona. Consejería prácticamente honoraria pues ni asistía a los Consejos ni visitaba Estoril. Si fue alguna vez a la localidad portuguesa desde que le conocí no me lo dijo.

Era el año 1958 y al domingo siguiente de visitarle me incorporé a la tertulia que de ocho a diez de la noche mantenía en su domicilio de Gurtubay 5, en los mismos locales que habían sido la última residencia de *Cultura Española*, lo único que fue posible después de la guerra de aquella *Acción Española* que Eugenio fundara.

A partir de entonces fue raro el domingo en que dejé de asistir a aquella inolvidable tertulia que tanto influyó en aquel joven estudiante recién llegado a Madrid que yo era. Y que fue una extraordinaria escuela de los tres grandes amores de Eugenio: la religión, España y la monarquía. Dios, Patria y Rey. ¡Qué resonancias carlistas! Y, sin embargo, Eugenio no era carlista. Tradicionalista lo fue siempre pero como lo fueron sus admirados Donosó y Menéndez Pelayo que también sirvieron a la dinas-

tía liberal. Aunque no fueran en absoluto liberales. Como tampoco lo era Eugenio que en la segunda mitad del siglo xx seguía siendo un apasionado del *Syllabus* de Pío IX. Que había un fundamento integrista en su formación y en su ideología es indudable. Pero era mucho más flexible que Ramón Nocedal por quien sentía también notable admiración.

Con esos antecedentes, ¿cómo no fue carlista? Creo que sustancialmente por dos motivos. La restauración en la rama que durante siglo y medio había levantado la bandera de la religión y el antiliberalismo le parecía imposible. Y Eugenio tuvo siempre un gran sentido de la realidad. Y no sentía, además, especial aprecio por las cualidades políticas del entonces pretendiente carlista Don Javier de Borbón Parma, a quien había tratado en varias ocasiones. Le parecía una excelente persona pero poco más. Y sus relaciones con Manuel Fal, que representaba el más puro integrismo del todo o nada, no fueron nunca buenas pues Eugenio creyó siempre que lo más posible era mejor que el todo imposible. Por el carlismo tuvo siempre una simpatía ideológica e histórica pero no pasó de ahí. Los quiso integrados en «su» monarquía y no él en la de ellos. ¿Fue un intento más como el de Pidal y Mon o el del cardenal Cascajares de atraer a «las honradas masas carlistas» a la monarquía liberal para reforzarla, oponerse a la izquierda anticatólica e incrementar el peso tradicional del partido conservador? Creemos que tampoco. Porque la monarquía que Eugenio soñaba se parecía mucho más a la carlista que a la liberal. Actualizada, por supuesto. Y soñó que un príncipe joven, «cuyo nombre era Juan», podía encarnar esa monarquía. El desencanto vino pronto. Mucho antes de que yo le conociera. Aunque por esos días no lo manifestara expresamente.

La monarquía que Eugenio soñó fue la que resulta de las páginas de *Acción Española*, revista que creó y dirigió desde la sombra hasta el punto de que no cabe duda de que fue su obra. Las plumas más relevantes, los hombres más prestigiosos escribían y actuaban a su dictado. Y quiso integrar a los más posibles. Carlistas, monárquicos de la dinastía derribada, falangistas... Fue mucho lo que logró. Las firmas de *Acción Española* me excu-

san de más ampliaciones. Y Eugenio consiguió lo que parecía imposible. Que la monarquía desaparecida en medio de la indiferencia general volviera a ser una posibilidad para España. Posibilidad que muchos años después se convirtió en realidad aunque esa realidad fuese muy distinta de la que Eugenio quiso.

Este verano coincidí en Galicia con uno de los últimos supervivientes de *Acción Española*, de la de los tiempos de la República, Eugenio Hernansanz. Le dije que creía que si la monarquía se pudo restaurar se debió en gran parte a la obra de Eugenio Vegas que logró prestigiar una institución desacreditada en España y presentarla como alternativa frente al caos republicano. Me contestó que siempre había creído lo mismo.

El trabajo incansable de Eugenio Vegas hizo que los generales monárquicos, de los que prácticamente ninguno se había mostrado dispuesto a sostener a Alfonso XIII en 1931, volvieran a sostener la monarquía. Que intelectuales acobardados ante el derrumbamiento del régimen usaran de nuevo la pluma y la voz en su defensa. Y que las nuevas generaciones no la consideraran como algo caduco y muerto para siempre.

El generalísimo Franco fue también sensible al nuevo ambiente creado en torno a la monarquía y pronto pensó que podría ser la salida al régimen que él representaba. En el origen de todo estaba *Acción Española* de la que Franco era suscriptor.

Pero si la monarquía era referencia constante en las tertulias de los domingos pronto podía llegarse a la conclusión de que nos encontrábamos mucho más ante una defensa teórica de la institución que frente a un banderín de enganche de Estoril. Aunque debo añadir que si se podía concluir eso —o se debía—, los jóvenes que entonces asistíamos a Gurtubay no sacábamos esa consecuencia. Me explicaré.

Su entusiasmo monárquico, constante y con constantes referencias históricas, españolas y extranjeras —la tertulia era una permanente clase de historia universal apasionante—, ocultaba una frialdad más que notable ante la encarnación presente de la institución. Que además no se traslucía en palabras sino en silencios. Un grupo de amigos marchaba a Estoril y volvía entusias-

mado. Ni una pregunta, ni un aliento, y enseguida un cambio en la conversación hacia la teoría, o la huida de lo concreto. Pero de eso me dí cuenta mucho después. Quizá cuando en la confidencialidad del relato de sus memorias me abrió su corazón, bastante desgarrado. O, tal vez, un poco antes. Cuando ya era «mayor».

Muchos años después, cuando me contaba su apasionante y apasionada vida para escribir sus memorias, y al notar que resultaban bastante sesgadas respecto a Franco, le pregunté si iba a ser igual de sincero respecto de Don Juan. Se quedó un momento silencioso, casi absorto, y me contestó:

— Si Dios me da vida, sí, pero me gustaría que no me la diera.

Y no se la dió. Murió cuando íbamos por el año 1941/1942, de lo que quedará constancia en el tercer tomo de sus memorias que espero aparecerán este año. Tantos años de entrega ilusionada por una causa le dolían en el corazón. Pero una persona tan sincera como él no iba a ocultar aspectos trascendentales de su vida.

Podría contar mil cosas de aquellos días inolvidables en que me contó su vida, sus anhelos y sus decepciones. Excederían con mucho lo que me han encargado para este aniversario. Sólo referiré su absoluta alergia al cotilleo. El, que tanto supo de pequeñeces de la vida de tantos como conoció. Alguna extraña vez me refirió alguna anécdota menor pidiéndome que antes apagara el magnetofón. Su conciencia en este punto era delicadísima, diría incluso que escrupulosa. La murmuración, la maledicencia, eran ajenas a su vida. Hace poco tiempo, un gran amigo suyo, y mío, Pepe Cervera, me preguntó por una fotografía comprometida que sabía había pasado por sus manos. Fue la primera noticia que tuve de tal hecho. Eugenio jamás me la mencionó. Las revistas del corazón no hubieran hecho ningún negocio con él.

Tras la monarquía, España. Y aquella como un instrumento para el mejor servicio de esta. Eugenio Vegas era un enamorado de España, de la España del *Epílogo* de los Heterodoxos de Menéndez Pelayo que tantas veces le oí recitar de memoria. La España heroica del pasado era una afán que creía repetible. Fernando el Santo, Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II: sus mo-

narcas soñados. Tal vez ellos fueran su error. Al creer que se reproducirían en un siglo mediocre.

Y esa España, como la de sus grandes reyes, al servicio de Dios. Ese era su anhelo y ese fue su fracaso. Pero en él no tuvo culpa alguna pues puso todos sus medios para conseguirlo. Tal vez fuera un sueño imposible o en el que no le secundó nadie. Pero Dios no le podrá tomar en cuenta el haber querido demasiado para El.

Dios fue su todo. Hasta tal punto que en más de una ocasión he pensado en la santidad de Eugenio Vegas. Todo era para Dios. La monarquía para España y España para Dios. Y esto que parecen grandes frases lo traducía hasta en los detalles más nimios de su vida. Era Eugenio de una enorme austeridad personal. De una enorme exigencia de conducta. No me refiero ya a esos grandes principios, hoy quizá tan olvidados, de honradez, justicia, sinceridad... Hasta de nimiedades como el no perder el tiempo creía que se le iba a pedir cuenta. ¡Cuántas veces le oí predicar que todo se debía hacer por Dios! Si comieseis, si bebieseis..., todo. El descanso solo era lícito para recuperar fuerzas para combatir las batallas del Señor.

Y juntó a lo teórico, lo práctico. La misa y comunión diarias, el rosario de todos los días... Hasta devociones mucho más particulares como el mes de mayo que celebraba privadamente con enorme devoción. Y las vidas de los santos que era la lectura que más recomendaba. El, que era hombre de tantísimas lecturas. Yo puedo dar fe que el primer libro que me dio a leer, antes que la *Historia de los Heterodoxos*, la *Encuesta sobre la monarquía o Los orígenes de la Francia contemporánea*, fue la vida del cura de Ars.

Sus amigos los santos. Teresa de Jesús y Teresa de Lisieux, Pío X, el cura de Ars, Fernando de Castilla y Luis de Francia, Tomás Moro, Tomás de Aquino... Qué alegría le produjo la beatificación de Ezequiel Moreno y la noticia de que había concluido el proceso de Pío IX. Leía y releía sus vidas con un afán que, a mis pocos años, a veces me parecía excesivo.

Al final de su vida Dios fue lo que le quedó. Su última

aventura, la *Ciudad Católica*, respondía a lo que siempre había querido. Que El reino. A ese fin consagró todo. Hasta sus fracasos. Seguro estoy que en *sus altas balanzas de cristal* Dios se lo habrá premiado y desde el cielo intercederá por nosotros y por España.

Me permitireis que me extienda algo sobre su último descubrimiento. Ya estaba de vuelta de casi todo. Casi sin ilusiones después de una vida ilusionada. Algún amigo le habló de un movimiento francés —Francia, tal vez por su sangre materna, fue siempre algo muy importante en su vida—, que no le gustaba a *Le Monde*. Le pareció una recomendación importante. Siempre le gusto conocer la opinión del enemigo. Y se entusiasmó con la idea de Jean Ousset ¡Cuántas veces le oí decir que las ideas más que los vicios son las que corrompen a los pueblos! Porque los vicios nacen de la falta de ideas sanas. *La Ciudad Católica* fue el último afán de su vida. La ciudad católica que siempre quiso. Un pueblo al servicio de Dios. Que sería el mejor vivir de un pueblo.

Y al servicio de ello una revista. No podía olvidar su inolvidable *Acción Española*. *Verbo* fue otra cosa pues otros eran los días. Pero en él yo creo que rememoraba su anterior revista. Mucho más despojada de temporalidades pero también más entregada a ese Señor que no se convierte en gusanos. Y otra vez supo aunar en torno a la idea a colaboradores meritísimos. Los años le pesaban y ya no fue de él la carga de la empresa. Pero sin él no hubiera sido posible y siempre contamos con su aliento y su consejo.

No sería justo callar aquí el nombre de Juan Vallet. *Verbo* no existiría sin él. Pero creo que tampoco existiría sin que Eugenio Vegas le entusiasmara en la tarea. Ahora ya hay discípulos de Juan Vallet: Estanislao Cantero, Miguel Ayuso, Luis María Sandoval... Los que somos discípulos de Eugenio —¡qué pocos quedamos ya!: Gabriel Alférez, Paco Gomis, Juan José Morán, Gonzalo Muñiz, yo mismo—, cada vez que vemos aparecer un nuevo número de la revista comprobamos que pervive su semilla. *Speiro* quiere decir, según creo, sembrar. Y Eugenio sembró. Se

pasó la vida sembrando. No puedo saber cual será aquí la cosecha. Pero seguro estoy de que en el cielo recogió el ciento por uno. Y que al mostrar a Dios su manos, rebosaban del trigo del amor. Del trigo bueno del que se hace el pan. El pan de la doctrina del que pueden alimentarse los pueblos para vivir como Dios manda. Como Dios quiere. Y del único modo en que los pueblos pueden ser felices dentro de la felicidad que cabe en este valle de lágrimas.

En este aniversario, desde el recuerdo agradecido y emocionado, Eugenio Vegas, ruega por nosotros.